

Al día siguiente, durante el viaje de vuelta, en la estación de Fabriano, la señora de Lerna, asomada con su marido a la ventanilla de un vagón de primera clase, volvió a ver a la muchacha que buscaba a toda prisa un puesto en el tren, llevando un gran ramo de flores entre los brazos. La acompañaba un joven y refan.

La señora de Lerna volvióse al marido y dijo en voz alta, para que lo oyera:

—¡Oh!... ¡Mira a la que lloraba por todos!

La muchacha volvióse sin ira, sin indignación.

—Pobre madre, buena y estúpida—le dijo con la mirada—. ¿No comprendes, que la vida es así? Ayer lloraba por uno. ¡Hoy es preciso que ría para éste!

Como gemelas

Una lamparilla encendida bajo un retrato de Pío X alumbraba apenas la estancia en donde el marqués D. Camilo Righi habíase recogido para no oír los gritos de su mujer que se hallaba de parto.

Pero llegaban hasta allí los gritos desgarradores; D. Camilo veíase obligado a taparse fuertemente los oídos con las manos y, contraído, encogido en sí mismo, como si le ladrasen a él también en el vientre aquellos quejidos, levantaba los ojos, llenos de pánico, acobardados, hacia el retrato de S. S. que, con la bondadosa sonrisa indulgente en el amplio y pacífico semblante parecía aconsejarle calma y resignación al marquesito, hijo de uno de sus guardias nobles, guardia noble también él, ahora, de su santo sucesor.

Don Camilo hubiese tal vez seguido aquel augusto y mudo consejo paternal, si hubiese tenido la conciencia tranquila, si cierto remordimiento no le hubiese acrecentado la pena por los espas;

mos que en aquellos momentos soportaba su esposa. Ni conseguía acallar este remordimiento con todas aquellas consideraciones que, en otro tiempo, con el espíritu sereno, cuando no sentía sobre él, como ahora, la ira divina y el temor del castigo, no sólo bastaban a disculpar a sus ojos la propia culpa, sino que casi la disipaban por entero.

Su mujer, en efecto, no era ya para él, en aquel momento, aquella mujer áspera, fría, esquinada que, casi abiertamente, para que le dejase en paz, le había dispuesto a buscar en otro sitio el calor que hubiese anhelado hallar en ella y que ella no podía, o no quería, darle. Pero era ahora una pobre criatura en peligro, una pobre criatura que sufría atrocemente por su culpa y que no hallaría una compensación, un consuelo, a aquellos sufrimientos en el amor, en la fidelidad, de su esposo.

La compasión no le bastaba. Poco antes ella, irritada, lo había echado de su habitación, no pudiendo soportar su presencia, al verlo compungido, agobiado, y se había abrazado fuertemente a su madre, quejándose:

—¡Ay, me muero, mamá, me muero! ¡Cuánto sufro, mamita mía, cuánto sufro!

¡Y no poder hacer nada! Le había parecido hasta bella en aquel momento, transfigurada así por la horrenda tortura...

Desde hacía unos minutos habían cesado los gritos. En aquel silencio, de angustiosa expecta-

ción, surgió, rápida, en el marqués la esperanza de que el parto hubiese terminado ¡al fin! Y salió precipitadamente de la habitación, pero tropezó enseguida con dos doncellas que se dirigían a toda prisa, consternadas, a la de la parturienta.

—¿Todavía?

Le respondieron tristemente con un gesto.

En la amplia sala, de altísimo techo, sombríamente alhajada de antiguo mobiliario, que precedía al dormitorio, halló al tocólogo, rodeado de algunos parientes de su esposa, que habían acudido poco antes.

—Dolores fatigantes—murmuró el médico—. Tenemos para rato. Pero esté usted tranquilo, marqués: no hay peligro.

D. Camilo volvía a encerrarse en el gabinete, cuando un criado se le aproximó para decirle en voz baja que deseaban verle.

—No puedo recibir a nadie—respondió irritado el marqués—. ¿Quién es?

—Un viejecito... no sé... Dice que tiene que hablar a V. E. de algo grave y urgente.

D. Camilo tuvo un gesto de cólera al comprender de quién le venía aquella embajada.

—Hazlo pasar—dijo después.

El viejecillo entró con los titubeos de un pollo extraviado. Agobiado por la riqueza, solemne y austera, de la casa, no sintiendo sus propios pies bajo los gruesos tapices, saludaba grotescamente a cada paso.

—Ya sé quién le envía a usted—le dijo en voz baja el marqués—. Bueno; ¿qué tiene usted que decirme?

—Señor marqués... Excelencia... la señorita Carlota...

—¡Sss... más bajo!

—Si señor... dice... que si puede ir un momento...

—¿Ahora? ¡No puedo, no puedo! Diga usted que no puedo—respondió angustiado, el marqués—. Pero... además... ¿Qué quiere?

—Los dolores, Excelencia—susurró, tímidamente, el anciano—. Le han empezado los dolores...

—¿A ella también? ¿Ahora? ¿También a ella los dolores?

—Sí, señor, Excelencia... He ido yo mismo a avisar a la matrona. Pero no se preocupe V. E.; todo irá bien con la ayuda de Dios.

—¡Buena ayuda de Dios!—saltó don Camilo—. ¡Esto es cosa del diablo! Allí la marquesa...

Se interrumpió; agitó las manos; se restregó los ojos. ¡Las dos, las dos, castigo del cielo! ¡La mujer y la amante a un mismo tiempo, castigo de Dios!

—Pero ¿cómo?...—trató de inquirir abriendo los ojos.

Vió en su presencia a aquel viejecillo azorado, desorientado, y comprendió sus apuros.

—Váyase, váyase—le ordenó—. Diga usted

que... si puedo... dentro de unos momentos... ¡Ahora, váyase, váyase!

Y fué a refugiarse en el gabinete casi a obscuras, cogiéndose la cabeza entre las manos, como si, realmente, temiese perderla. Le faltaron las piernas: se dejó caer en una butaca y se encogió, se apelonó en ella, como para esconderse a sus propios ojos: ira, vergüenza, angustia, remordimiento, le dominaban tan por entero, que se mordió un brazo y agitó de tal manera la cabeza que se hizo un desgarrón en una manga. Saltó en pie:

—¿Cómo?—volvió a preguntarse—: ¿Carlota con los dolores? ¡También ella! Luego se ha equivocado... ¿Y qué hago ahora? ¿Qué puedo hacer? ¡Dios mío, qué desgracia, qué desgracia!

Recordó, de pronto, que el médico le acababa de decir que iba para largo el parto de la marquesa; se dirigió al guardarropa, que se hallaba allí al lado, sacó el abrigo de pieles, el sombrero del armario y salió precipitadamente, diciendo al criado:

—¡Vuelvo enseguida!

En cuanto se vió en la calle se precipitó hacia un coche, gritándole al cochero la dirección:

—San Salvador en Lauro, 13.

Un cuarto de hora después se hallaba en la antigua placita solitaria. Subió, a trancazos, la

escalera. La puerta del último piso se hallaba entreabierta.

A los primeros pasos, en obscuro recibimiento, tropezó con un maniquí de modista; al tropezón, otro maniquí que se hallaba detrás de aquel se le vino encima; el marqués tenía ya un pie levantado cuando se lo encontró entre las piernas y cayóse también él al suelo. Al estruendo, acudió una viejecita tocada con una cofia, con un candillito en la mano. Pero don Camilo se había ya levantado y daba un puntapie al maniquí:

—¡Malditos estorbos!

—¿Se ha caído el señor marqués? ¿Se ha hecho daño?

—No, nada. ¿Y Carlota?

—Pues... Ha llegado el momento... Pase, pase adelante.

En la habitación contigua tronó la voz imperiosa de Carlota:

—¡Dejadme tranquila! ¡Quiero pasear y me paseo!

Don Camilo la halló, en efecto, levantada, desceñida y magnífica, con los hermosos cabellos leonados, descompuestos, junto al lindo rostro, palidísimo y enérgico.

—¡Carlota!

—¡Marqués bribón! ¡Oh! ¿pero qué tienes, hijo mío? ¿Tu mujer también? Ya, ya sabía. Vamos, vamos, valor querido; ¡no es nada! Así te parecerá que has dado a luz tú dos veces... ¡Ay! ¡Ay! ¡ayyyy!

Le puso las dos manos en los hombros, apoyó la frente sudorosa en la frente de él; aguardó así un momento, después dijo:

—Nada: ¡ha pasado! Enjúgate la frente, perdona; quítame una duda: ¿le has dicho a tu mujer que querías un niño?

—No comprendo...

—¿Que te diera un varón?

—No, no... no le he dicho nada...

—Pues te dará una niña, ¡puedes estar seguro! Bueno; ahora sales un momentito y no te asustes. Te daré yo en seguida el varón: ¡cuenta con él! En seguida, en seguida. Veo que tienes prisa.

Sin querer sonrió el marqués, y se retiró a una habitación contigua.

Extrañísima en todo; en las maneras y en el lenguaje, hasta en aquellos momentos... ¡Qué diferencia!

Fastidiado, vejado, contrariado en todo por su esposa, sólo con ver a esta mujer sentíase reanimado en el acto; era otro. ¡Qué mujer! Despreocupada y franca, con la exuberancia de una vitalidad endiablada, tal vez hasta indiscreta en su exaltación por hacer bien; sincera, vehemente, afectuosa, le había comunicado un ardor, un fervor, del que jamás se hubiera creído capaz. ¡Y qué altiva! Jamás había querido aceptar de él más que algunos regalitos de escaso valor en prueba de afecto.

—Soy más rica que tú—solía decirle—. ¡Coso y como!

Vestía, en efecto, a las señoras más distinguidas de la aristocracia y de la burguesía, y había sido también modista de la marquesa de Righi; pero había sido tan maltratada por ésta, tan contrariada en sus gustos, en sus opiniones, que había jurado vengarse, no tanto por las humillaciones que había sufrido, cuanto por lástima hacia aquel pobrecito marqués que, con la mirada le había demostrado siempre que se hallaba conforme con ella, que también él era una víctima de aquella mujer flacucha, desgarrada, insufrible. Y, desde hacía año y medio, el marqués de Righi, amado por Carlota, se sentía otro hombre.

Un alarido largo, casi feroz, sacudió al marqués de estas reflexiones. Saltó en pie. Oyó la voz de la matrona, que decía en la habitación contigua:

—Bueno; ¡ya está! Calladita. Muy bien.

¡Padre! ¡Ya padre! Un extraño anhelo le dominó por ver a la criaturita que en aquel instante entraba en la vida por él. Pero ¡dos, dos en aquella misma noche, Dios mío! Tal vez en aquellos mismos instantes, en el palacio, nacía otra criaturita también suya. ¡Y él, aún allí! A esta idea, el anhelo se convirtió en ansiedad. ¿Todavía? ¿Todavía?

—¡Señor marqués!

Don Camilo acudió. Carlota, en el lecho, palidísima, abandonada, le sonreía.

Niña ¿sabes? ¡Encontrarás el varoncito allí! ¡Ve, dame un beso y corre, querido!

El se inclinó a besarla apasionadamente; mas antes de irse quiso ver a la niña. Se arrepintió. Vió un pequeño monstruo, amoratado, que infundía repugnancia.

—Verá, ya verá usted dentro de unas horas...— le dijo la matrona—¡Más bonita que la mamá!

Poco después, al entrar el marqués en el palacio, le fué imposible recordar nada de cuanto había dejado en la solitaria placita de San Salvador en Lauro.

Su mujer había muerto media hora antes en el parto, dejando una pobrecita niña, casi sin vida.

* * *

Más de tres meses habían transcurrido antes de que el marqués de Righi, envejecido diez años de aspecto, se dirigiese a ver a su amante.

Halló a Carlota aguardándole, segura de que volvería. Iba vestida de negro. No porque se le hubiese muerto alguien. Por él. Podría parecer ridículo, pero en esto, como en todo, ella no había seguido más que el impulso de su corazón.

Abrumada por la desgracia que había herido a su amado, sintió aquella necesidad; la de vestirse de negro, como él. Y Righi, al verla, en el primer momento, ni se dió cuenta siquiera, tan natural le pareció.

Carlota no trató de consolarle; se limitó a preguntarle por la pequeña, que él había dado a criar.

—Tres amas en pocos días—le dijo amargamente.—Si vieras ¡un esqueletito! No sé qué hacer. Todos han tenido para mí un corazón tan duro, tan negro... ¡Figúrate! ¡Me han abandonado! Temo mucho que esta ama también tenga poca leche.

—¡Pobrecita niña!—suspiró Carlota.

Entonces él manifestó el deseo de ver a su otra hija.

—¿La habéis bautizado?

—Todavía no—respondió Carlota, apartándose de los tristes pensamientos a que se había entregado—. He querido guardar a que tú dispusieses...

—Haz tú lo que quieras, como quieras.

—¿La llamaremos como tú?

—Como quieras...

La tía entró con la nena. ¡Oh, qué linda era! ¡Qué linda era ésta! ¡Qué florida! ¡Una rosa! Y, admirándola, el marqués no pudo menos de compadecer en lo íntimo de su corazón a la otra, a aquella otra, mísera, huérfana, desgraciada...

Carlota lo comprendió, y ciñéndole levemente el cuello con su brazo:

—Oye, Milo—le dijo—¿si quisieras?... Tu pobre pequeñita sin madre... ¿Sabes? Tendría leche para las dos...

Y los ojos se le llenaron en seguida de lágrimas.

D. Camilo sintió un estremecimiento de ternura

en todas sus fibras; ocultó el rostro entre las manos y rompió a llorar.

* * *

¡Oh! no, no: él no podía, en la desgracia que tan violentamente le había aterrado, que lo había puesto en guerra con todos y con él mismo, no podía prescindir de aquella mujer ferviente y fuerte.

Resolvió alejarse para siempre de Roma. Se retiraría a sus tierras de Fabriano. Rogó a Carlota que, por su amor, aceptara aquel refugio; se pusieron de acuerdo y la hizo partir antes con su hija y su tía.

Transcurridos unos veinte días, una vez todo dispuesto, partió él también para el campo, con la pobrecita niña sin madre.

Desde el primer momento Carlota se excedió con la huérfana en sus maternales cuidados. Tanto, que el marqués sintió cierto remordimiento por la otra niña, también suya, que parecía postergada.

—No—le aseguró Carlota feliz entre las dos criaturas—Mila, por el momento, no me necesita tanto. En cambio, Tinita, sí. Pero, ¿no has visto lo bonita que se está poniendo?

En efecto, la niña se había repuesto mucho, en aquellos pocos días, con la primavera, que reía y brillaba en el campo y en todas las ventanas de

la quinta, llena de sol. Pero aún, puesta junto a la otra, en la cunita común, parecía más pequeña.

—Ya verás—añadía Carlota—dentro de algunos meses parecerán gemelas y no sabremos distinguir la una de la otra.

D. Camilo Righi sabía de la indignación que había causado en Roma, entre su familia y entre sus relaciones, la escandalosa noticia de que había dado a criar su hija a su propia amante. —Pero, quisiera que vinieran aquí todos a ver juntas a las dos pequeñas y el amor y los cuidados que les prodigaba esta madre.

—¡Imbéciles!

Hilito de aire

Rebrillar de ojos, de cabellos rubios, de brancitos y piernecitas desnudas, impetu de risas que, ahogadas en la garganta, soltábanse en gritos breves, agudos—aquella fierecilla de Tití entró, pricipitándose hacia el balcón, para abrir la vidriera.

No llegó más que a abrir el picaporte: un gruñido áspero, ronco, como de fiera sorprendida en su cubil, la detuvo, de pronto, la hizo volverse, aterrada, a mirar la habitación.

Obscuridad.

Las hojas del balcón habían quedado entreabiertas.

Deslumbrada aún por la luz de donde venía, no vió; sintió espantosamente, en la penumbra, la presencia del abuelo, en el sillón: impedimenta inmensa hundida entre almohadones, entre chales grises, a cuadros, entre mantas, ásperas y peludas; vaho horrendo de vejez, tumefacta y deshecha, en la inercia de la parálisis.